

LA CIUDAD SIN LUZ

Ignacio Bermejo Martínez

Título: La ciudad sin luz
Autor: © Ignacio Bermejo Martínez

I.S.B.N.: 84-8454-416-8
Depósito legal: A-

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

LA CIUDAD SIN LUZ

*Un alma se mide por la
dimensión de su deseo,
del mismo modo que se juzga
de antemano a una catedral
por la altura de sus torres.*

Gustave Flaubert

...llegué a la playa y me subí a una roca para otear el horizonte. El mar rugía a mis pies, rompiéndose en las aristas de la piedra. Yo cerré los ojos e imaginé otra realidad, un mundo donde todo era diferente: el agua no era azul, era naranja y su sabor no era salobre, sabía a jugo de mandarinas.

Flotando sobre ella, en la lontananza, se podía divisar un precioso barco brillante acercándose. Era un barco de velas tripulado por un extraño pirata. Se hacía llamar Manolo Pata Jamón y se preciaba de poseer el mayor tesoro que pueda tener un hombre. Presumía de ser el dueño de los sueños y de los deseos. Cuando estuvo cerca me tendió su mano sonriendo, invitándome a subir y navegar junto a él. Me asusté, abrí los ojos y me descubrí frente al mar real, un mar azul que rugía a mis pies, rompiéndose en las aristas de la piedra. Fue entonces cuando me di cuenta de lo solo que estaba...

**“El mundo de los Sueños”
Ignacio Bermejo**

Agradecimiento:

Mi más sincero agradecimiento a Ricardo Ballester por seguir estando a pesar de la marejada y a Manuel J. Sánchez, por su laboriosa tarea de corregir con esmero.

CAPÍTULO 1

La vaporosa humedad con que el Sena contagiaba las calles de París hacía que mi deambular desorientado, de turista aborregado, fuera cansino y torpe. Era imposible que mi piel transpirara todo el calor que padecía. Me estaba literalmente cociendo, como marisco, en mi propia salsa.

Sentí este agobiante calor desde el primer momento en que llegamos a la ciudad del amor y nos adentramos en ella, montados en el autobús en el que viajábamos, recorriendo la “Avenue de la République” hasta el cruce con “Bulevar Richard Lenoir” y “Jules Ferry”, justo donde había alquilado una humilde habitación en el albergue juvenil “Atmósfera”, que me habían recomendado unas alumnas del instituto.

Todo formaba parte de un plan desconcertante y ciertamente increíble que yo mismo había trazado y que en cierta manera me avergüenza reconocer. Nunca creí demasiado en el destino, pero de lo que ciertamente estaba convencido era que algo debía sucederme. Esperaba que ocurriese un acontecimiento importante que cambiara el rumbo de mi vida, la vida aburrida de un humilde profesor de educación secundaria que había estado llevando hasta el momento.

Me solía levantar temprano cada mañana, para ducharme antes de salir de casa cargando con la cartera que contenía los temas que ya me sabía de sobra, de tanto repetirlos una y otra vez, año tras año. Llegaba al instituto y sentado tras mi mesa de profesor, me dedicaba a contemplar las caras de mis alumnos,

siempre distintas, siempre iguales; gente joven que transitaba por mi vida justo el tiempo necesario para obtener el aprobado que esperaban, desapareciendo luego de mi existencia sin dejar rastro. Me había acostumbrado a eso. Jamás intimaba con ellos. Había aprendido a marcar la distancia, casi insalvable, con una gélida cámara de aislamiento, una barrera psicológica que me autoimponía, para evitar contagiarme de esa amistad efímera que dolía al esfumarse, cuando acababa el curso. Así transcurrían mis días, uno tras otro, repitiéndose como una secuencia programada de cualquier maquinaria, sumándose lentos unos a otros, formando semanas, meses, años...

Quizás fuera por compasión o simplemente por morbo, pero lo cierto es que este año, a diferencia de lo que me había ocurrido hasta entonces, tres de mis alumnas me preguntaron por mi estado civil, interesándose por mi vida personal en un gesto que se me antojaba curioso y agradable y, ¿por qué negarlo?, también un tanto divertido. “Estoy soltero y disponible” les respondí coqueto, con un tono insinuante y jocoso en mi voz, propio de un galán de cine, con lo que sólo pretendía mostrarme ante ellas luciendo un humor del que realmente carecía. Jamás fui gracioso, aunque tampoco es que fuese desagradable o antipático.

Fueron ellas las que me hablaron de la ciudad del amor, de la ciudad de la luz. Me contagiaron sus sueños de adolescentes por el entusiasmo que mostraban al contarme sus historias y, cuando menos me quise dar cuenta, me vi viajando hacia Francia, presintiendo que algo grandioso iba a sucederme, algo inesperado, algo deseado, algo que devolvería a mi vida la pasión por existir cada instante, algo que le diera sentido y me hiciera vibrar.

Iba hacia París como ese animal que se adentra hasta el mismísimo corazón de la selva, motivado por la misteriosa llamada de su destino incierto; como argonauta aventurero de Jasón, en busca del Vello de Oro, apresado por el canto de la sirena mítica de leyendas milenarias.

El albergue juvenil, que no por barato dejaba de ser coqueto, estaba situado en las orillas del canal de Saint-Martin. Un paraje que invitaba al paseo por los callejones románticos y próximos del “Marais” pero, como ya era tarde y no disponía de la compañía adecuada para eso, no quise arriesgarme a la aventura de perderme solo por ellos.

Estaría en París no más de cinco días, los justos para los que me habían dado los escuetos ahorros de mi sueldo de profesor, atesorados durante los últimos cinco años.

Contraté antes de salir de España, en la propia agencia de viajes, tal como hace la mayoría de la gente, las excursiones programadas que ofertaban. Todas me parecieron interesantes, teniendo en cuenta que hasta la fecha, por mi calidad de profesor de historia del arte, había descrito cientos de veces, en clase, los edificios y monumentos que iba a visitar por primera vez en mi vida. El conocerlos de antemano, el haber hablado reiteradamente sobre ellos, el haber estudiado su historia, hacía de este viaje algo sumamente excitante. Me sentía emocionado. Nunca pensé que viajar pudiera producir ese estado adrenolítico de euforia que me robaba el sueño, en contradicción con lo que siempre había imaginado. Hasta entonces había pensado que viajar era algo cansino y costoso.

Fue curioso cómo, al bajar del autobús y pisar suelo francés, experimenté una cierta sensación de regusto atravesándome todo el cuerpo, como una especie de orgasmo intelectual. Fue algo místico. Pisar aquella tierra significó para mí algo parecido a estar sobre la historia. París se derramaba a todo mi alrededor, perdiéndose por el horizonte carmesí de la anochecida, sobre los rancios edificios que señoreaban formando las calles, aspirando a desintegrarse al llegar al infinito, desde el punto donde me encontraba.

Subí a la habitación atravesando el confortable pasillo lo más raudo que pude. Amortiguaba los golpes de los tacones de

mis zapatos en la alfombra mullida que abrigaba el suelo a todo lo largo. Sobre las paredes pintadas de blanco colgaban, de poco en poco, unas lámparas de hierro forjado, con globos de vidrio caramelizados que amarilleaban dando una luz vetusta que al menos dejaba ver.

Al fondo, a la derecha, estaba el cuarto que me habían asignado en recepción. Entré en él muy cansado, buscando el confort de la cama mullida que reparase mi cuerpo dolorido por lo incómodo de los asientos del autobús, pero ésta protestó al recibir el peso muerto de mi cuerpo desplomándose sobre ella. El cabecero de madera, al mismo tiempo, también golpeó la pared como queriéndose unir a la protesta, chivándole descarado al vecino de la habitación contigua que yo me había acostado. Encendí la televisión con la esperanza absurda de reencontrarme con algún programa conocido, olvidando que me encontraba en tierra extraña, y fue entonces cuando tomé conciencia de todo lo lejos que estaba de casa, justamente ante aquel aparato que emitía imágenes en lengua extranjera, distinta y ajena a mí.

Yo hablaba medianamente francés, pero no lo suficiente bien como para poder entender lo que decían. Zapeé con el mando a distancia, tratando de encontrar algún canal que me satisficiera, pero tras comprobar que ninguno me llamaba la atención, di media vuelta en la cama y traté de exigirle a la noche el sueño que me pertenecía por derecho propio y que el nerviosismo me había usurpado de momento.

Sin darme cuenta de cómo ni cuándo ocurrió exactamente, me quedé dormido bajo la fluorescencia del televisor sin voz. Aquella noche soñé con la personalización del destino apasionante que me esperaba tras cualquier esquina, en algún lugar insospechado de este viejo país. Soñé que me topaba con él de repente en una de las calles que deambulaba como transeúnte errante. Quizás fuese para desquitarme del pesar que arrastraba,

un dolor profundo, el dolor que se siente en el alma de los célibes por la irremediable certeza de saberse solos.

No podía evitar sentirme abandonado, perturbado y aturdido. Otras muchas sucesiones de imágenes, a priori sin sentido, me estuvieron martilleando sin cesar en la cabeza aquella noche. Mi cerebro trataba de impedir que descansara. Por más que lo intentaba no podía desconectar. Estuve en vigilia constante, martirizándome con la aguja molesta de una extraña locura.

Los primeros rayos de luz del sol francés aparecieron de repente, obligándome a abrir los ojos sin más remedio. Me dolía el cuerpo por todas partes, tanto, que parecía la víctima mal afortunada de una gripe rabiosa. El maldito colchón continuó guardando, por unos segundos, el hueco hundido y cálido de mi cuerpo. Al levantarme, protestó el somier oxidado al estirar sus viejos muelles con una queja metálica y molesta. Ni siquiera me había quitado los zapatos la noche anterior. El televisor seguía emitiendo destellos de luz blancuzca y fluorescente. Me desnudé y entré en la ducha, comprobando antes, con la debida cautela, que el agua que salía del grifo estaba caliente, pues ya había escarmentado del latigazo gélido del chorro de agua en los baños ajenos que no conoces bien.

Había empezado un nuevo día y, aunque nervioso por el viaje, un poco cansado y maltrecho por la paliza que aquella cama vieja me pegó, me dispuse valiente a enfrentarme con lo que fuese, para toparme de una vez por siempre con lo que tanto deseaba, que no era otra cosa que la felicidad en la experiencia de mi propia vida.

CAPÍTULO 2

La humedad de aquella noche sin fin se difuminó totalmente, *mañaneando* un nuevo día soleado y seco. Sentí en el estómago el vacío absoluto de mi total abstinencia involuntaria, doliéndome con una punzada el hambre en el estómago. El olor a huevos fritos azuzó mi apetito voraz y bajé las escaleras siguiendo el rastro aromático que desprendían, hasta llegar al comedor.

Mientras engullía con exagerado deleite cuanto me cupo en la bandeja metálica de la que me proveí antes de empezar, analicé al resto de turistas que me acompañaban en el desayuno; «españoles la mayoría» pensé. Ellos debían ser mis acompañantes en las próximas visitas programadas que disfrutaría.

Si la corazonada que presentía era cierta, probablemente entre esas personas se hallaría la que esperaba encontrar como respuesta del destino a mis plegarias, idea que se desmoronó por sí sola al comprobar que se trataban de parejas mayores principalmente, no habiendo entre ellos ninguna mujer sola que tuviera mi edad, ni por asomo.

Tras desayunar, provisto de una bolsa de plástico en la que nos entregaron el almuerzo (un trozo de pollo frito; un sándwich de pan de molde, relleno con un embutido parecido a la mortadela; una especie de hojaldre, exornado con una mancha de tomate, sobre la que descansaban dos anchoas que parecían estar tumbadas sobre una hamaca tomando el sol; un par de naranjas y unas natillas con cucharilla de plástico), nos dispusimos a subir a la embarcación. Ésta culebreaba sobre el agua oscura del

canal. Yo me senté en la proa, de forma que pudiera ver cómo la pinaza cabeceaba al avanzar, cortando el agua como un cuchillo gigantesco, abriéndola en dos, formando unos grandes labios sangrantes de espuma blanca. Desde ese lugar, estaba seguro de no marearme. Temía que me sucediera algo así, pues jamás antes me había montado en ningún barco, a pesar de proceder de una tierra marinera.

Cuando los motores arrancaron rugiendo debajo, haciendo temblar toda la madera de la cubierta, sentí en el interior una cierta emoción que me embargó, reactivando mis pulsaciones cardíacas. Un cierto halo de inseguridad me sobrevino al comprobar cómo aquel cascarón viejo se alejaba poco a poco de la firmeza y la certidumbre del muelle, aventurándose hacia la lejanía solitaria y tenebrosa del agua gelatinosamente verde, que bajaba caudalosa, en un silencio cómplice de su disimulada maldad. El barco enfiló dirección a “Notre Dame”, emblema de la cultura parisina. Lugar a partir del cual se miden los kilómetros de las más importantes y grandes carreteras de Francia. Era por cierto esa catedral, el punto central geográfico e histórico de este país, que me acogía entre sus brazos de agua, en un abrazo temible, mientras la embarcación avanzaba empujada por la ira de los motores enfurruñados.

Allí, no demasiado lejos, se alzaba poderosa ante mis ojos atónitos, la catedral parisina. Dominaba todo el paisaje desde el centro de la Isla de la Cité, agrandándose más y más en la medida en la que nos íbamos acercando. Allí estaba, impresionantemente majestuosa y real, asombrosamente bella, justo en la isleta de tierra que surgía, como una protesta, en el centro del río. Al verla tan de cerca, al sentir su magnificencia sobre cada poro de mi piel, recordé lo que tantas veces había repetido en mis clases: esta catedral había sido levantada sobre los restos de una basílica anterior, donde existió una urbe en tiempos de galos y romanos. «Una basílica», lo que traducido, o mejor dicho, transcrito a nuestro lenguaje actual, sería bien entendido como “*la gran casa*

del rey". Aquél era el lugar desde donde un día, olvidado ya, un rey poderoso dominó este territorio, hoy convertido en república. Un lugar que usurparon a la corona y que fue cedido al imperio de la fe. Las obras de esta nueva catedral gótica se iniciaron en el año mil ciento sesenta y tres y perduraron hasta bien entrado el siglo catorce, aunque a partir de entonces sufrió diversas modificaciones, y no todas favorables a su arquitectura, que todo hay que decirlo en honor de la verdad.

Frente a aquel impresionante edificio que se alzaba majestuoso ante mí, traté de imaginar a Napoleón entrando, subiendo por las escalinatas que quedaban delante. Un Napoleón conquistador; un hombre temido en todo el mundo, que se autocoronó emperador allí mismo, en esta catedral que debió revestirse con las más ricas telas, los más bonitos tapices y las más de mil banderas que ondearon orgullosas para la ocasión, aquel día glorioso de su historia.

Cuando por fin desembarcamos, me quedé un rato embelesado contemplando la que sin duda debía de ser una de las maravillas del mundo. Me quedé examinando cada centímetro de su pórtico principal comprobando "*in situ*" su más que predicada armonía artística y arquitectónica, aunque curiosamente me sorprendió descubrir, una vez estuve situado justo a sus pies, que era más pequeña de lo que había pensado. Inspeccioné cada una de sus tres plantas superpuestas y las dos torres cuadrangulares, imaginando en la galería calada que las unía al jorobado inventado por Víctor Hugo en su famosa novela "Notre Dame de Paris". El joven y huérfano Quasimodo, balanceándose entre las finas columnas que se veían desde abajo, descolgándose al ritmo de las campanas locas de alegría que festejaban su amor. El jorobado riéndose a carcajadas con su desfigurada cara, mofándose del cardenal, el malvado Juez Frollo, quien quería ajusticiar injustamente a su amada, la gitana Esmeralda, de quién también se había enamorado. Un amor perverso y ocultado bajo una apariencia severa, casi maligna. Un amor prohibido y expulsado

del corazón donde brotaba con duros golpes de violencia. Un amor no esperado, ni deseado y del que sin duda se avergonzaba el cardenal, pues lo hacía débil ante los ojos del resto. Bastaba leer a Víctor Hugo para situarse justamente en el lugar exacto donde me encontraba. Adentrarse por la puerta central, situada bajo el redondo y grandioso rosetón, tal como hiciera el gran General Napoleón Bonaparte, perderse en su interior de ciento treinta metros de largo, repartidos en sus cinco naves, elevar la mirada, alzándola hasta lo alto de la bóveda central desde el centro de las columnas que la soportan, unas columnas vastas que parecen renegar del gótico al que pertenecen sin lugar a dudas, es como adentrarse en el mismo cielo. Allí estaba yo, flotando sobre aquel cielo de piedra, inmerso en una nube de incienso purificador, cuando de repente, al relajar los músculos de la cabeza dolorida de mirar tanto hacia arriba y bajar la mirada, me topé sin esperarlo con ella. Ella, simplemente, la mujer más bonita que jamás mis ojos vieron. La mujer más sensual, más sexy. Parecía la visión de un ser angelical. Era un ser de luz al otro lado del templo, contemplando las pinturas que pendían de los muros oscuros y altos. Bajo una coqueta boina de lana roja (un bérét típico francés), se intuía una melena sedosa de largo cabello rubio. Una piel tersa y suave, como el plumaje de un cisne. Una mujer preciosa de ojos redondos y grandes, azules y vivos como el agua del Atlántico. Su cuerpo torneado, medido, perfectamente definido, expresando curvas impensables, insospechables de que pudieran ser ciertas en ninguna mujer. Si algo le faltaba, si estaba exenta de algo aquella extraordinaria joven, era de las alas que la convirtieran definitivamente en un ángel. Eso era de lo único que carecía, el único defecto posible que se le podía reprochar. ¡No tenía alas!, lo que denunciaba a mis ojos y a mi cerebro atontado por tanta belleza volcadas en ellos de un solo golpe, que era, por más que no lo creyese, una simple mujer mortal.

Se me debió quedar una cara impresionante de estúpido alelado. Continué mirándola sin la más mínima noción del tiempo, incapaz de apartar mis ojos. Ella percibió el incesante pinchazo

de mi mirada e inclinando su cabeza con una sensualidad sin igual, graciosamente, me contempló por unos instantes, como la muchacha que mira a un mono en un zoo, antes de dedicarme una sonrisa minúscula, más de compasión que de cualquier otra cosa. En ese momento creí desfallecer. Mi corazón encabritado empezó a golpearme sobre las paredes del pecho, queriéndose salir, peleando por escapar de mi cuerpo para lanzarse hacia ella y morir en sus manos, en la más grande ofrenda de amor verdadero y repentino jamás vista antes. Me parecía realmente imposible que aquel presentimiento pudiera ser cierto. Todo era como en un sueño, un bonito sueño donde la bestia, o sea, yo, encontraba a la bella más bella del mundo. Ni siquiera fui capaz de devolverle la sonrisa. De haberlo hecho, seguramente me habría caído al suelo desmayado de usar las pocas fuerzas que me quedaron tras aquella inesperada e increíble visión del cielo. No me quedaron fuerzas para reír, ni para moverme, ni tan siquiera para respirar.

Ella miró hacia la puerta de entrada de la catedral. La sombra de un hombre recién llegado se extendía larga hacia el interior, estirándose inconscientemente hasta casi alcanzarla. Pareció ponerse muy nerviosa viendo cómo aquel hombre entraba, profanando el silencio de aquel lugar sagrado, profundizando en la oscuridad del templo al tiempo que desnudaba su cabeza quitándose el sombrero que la cubría, en un gesto respetuoso. El hombre la buscaba con sus pequeños y negros ojos de rata. Ella corrió para ocultarse, escondiéndose tras una columna. En la medida en la que él entraba, ella escapaba, dirección a la puerta, ocultándose hábilmente de columna en columna, hasta que alcanzó por fin la salida. Desde allí, antes de huir definitivamente, desapareciendo tras ser engullida por la luz cegadora de la puerta, se volvió para mirarme y volvió a sonreír, lanzándome un beso que depositó previamente en su dedo índice. Ya sé que resulta increíble, pero aquel beso que me arrojó en un gesto cargado de ternura, se me clavó en el rostro como si hubiera sido una saeta lanzada por el mismo Cupido. Se me clavó en el alma y me dejó herido de amor. En ese instante me sentí desfallecer.

Ella desapareció y, de repente, nada tenía sentido, ni siquiera esa rata inmunda disfrazada de gánster que rebuscaba escudriñando por los rincones de la catedral, sombrero en mano. Corrí hasta la puerta con la esperanza de no perderla definitivamente en esa ciudad que no conocía. Cuando conseguí vencer la luz cegadora de la entrada ya era demasiado tarde: había desaparecido como absorbida por los edificios que se agolpaban, uno junto al otro, formando una gran calle al otro lado del puente.

No hubiera apostado nunca nada a favor de ésos que afirman que existe el amor a primera vista. Había oído hablar del famoso *flechazo*, pero desconfiaba de quienes narraban historias contando cosas de ésas, pues la verdad es que, hasta ese momento, jamás me había ocurrido nada similar. Salí corriendo tras el rastro indefinido de aquella mujer, presintiendo que era la gran sorpresa que el destino me había deparado. No tenía ni la más remota idea de quién era, ni tampoco qué estaba haciendo en Notre Dame. Probablemente anduviera buscando su propio destino, como yo. Es posible que así fuera. Se apareció ante mis ojos como si fuera la obra maestra de Dios, destilando una feminidad antes realmente insospechada. Su impactante mirada y su beso, me esclavizaron a algo que nunca había sentido con tanta fuerza. No negaré que con anterioridad había conocido a otras chicas con las que llegué incluso a intuir esa sensación, ese sentimiento parecido a un recalcitrante cosquilleo, «el amor», pero nunca jamás había sentido nada parecido a lo de ahora, y mucho menos tan de repente ni con tanta fuerza. En verdad pasaba de un simple cosquilleo a ser un fortísimo latigazo, un calambrazo de alta tensión.

Por más que la busqué, recorriendo todas las calles existentes a uno y otro lado del puente, no pude encontrarla. Paraba incluso a los viandantes, preguntándoles desesperado con mi torpe francés si habían visto a una chica alejarse de aquel lugar, una chica con cara de ángel y un béret rojo de lana sobre la cabeza. Nada. Nadie la había visto. Se había esfumado como

si se hubiera transformado en aire. No había dejado rastro por ninguna parte.

Cuando por fin regresé a la manada de turistas que me acompañaban en la visita a la catedral, ya habían salido todos, y estaban dispuestos para subir de nuevo al viejo cascarón de madera, para dirigirnos a nuestro próximo destino antes de almorzar.

Según avanzábamos dirección a la plaza de Trocadéro, un guía mayor y resabiado nos iba mostrando desde el río los monumentos más importantes y emblemáticos que iban quedando atrás. A mí todo aquello me empezó a parecer ridículo, algo sin sentido; ya nada tenía interés. Me mortificaba pensando cómo podría localizar en una ciudad tan grande aquel ángel que se me había aparecido y al instante se evaporó.

- A nuestra izquierda- nos comentaba el guía - el Louvre y la Ópera. El primero es un edificio reformado y reconvertido en un museo que visitaremos a la vuelta y donde podremos admirar la Venus de Milo, ideal de hermosura helénica, o la Victoria de Samotracia, una de las obras escultóricas donde nos deleitaremos con la perfección de la figura humana como manifestación artística y en la ligereza de los ropajes. También podremos ver la famosa tumba de Philippe Pot, el oficial de Borgoña. Está portada por unos encapuchados que nos trasladarán a una escena en tiempo medieval. Por último, el jarrón con el Águila de Suger, donde se muestra el nuevo espíritu de lujo, luminosidad y belleza que reemplazó al románico y que protagonizó el Abad de Stdenis.

Todos los embarcados estaban tan atentos a las interesantes e instructivas palabras del guía, que no repararon en que en las orillas de Sena se agolpaba innumerable público expectante a un escabroso espectáculo. Desde la batea de un embarcadero flotante que servía de apadero para las embarca-

ciones de turistas, un grupo numeroso de gendarmes trataban de sacar de las aguas mansas y espesas el cuerpo inmóvil de un cadáver que flotaba boca abajo. Lo arrimaron con cuerdas hasta el lado del canal y lo extrajeron tumbándolo finalmente sobre la madera seca del malecón, donde uno de ellos constató su defunción tras comprobar que aquel cuerpo carecía de pulso y de respiración. Justamente lo taparon con una sábana blanca cuando pasábamos a su altura, aunque me dio tiempo de ver cómo era su ropa con todo detalle. Llevaba un traje gris marengo con ralla diplomática que parecía caro. Unos zapatos también de marca, "Martinelli" parecían ser. En su muñeca brillaba un "Rolex" magnánimo y dorado, que estaba seguro de que no llegaría al depósito de cadáveres colocado sobre la muñeca sin vida de su actual propietario. Pasamos tan cerca del lugar que casi pude fijarme con detenimiento en sus facciones. Los rasgos de la cara de aquel pobre joven se me quedaron grabados en la memoria. Me impresionó verlo tirado, sin vida, amortajado con un sudario a todas luces innecesario.

Con ese incidente del ahogado, se fueron todos los pensamientos que me anidaban en la cabeza concernientes a la chica que vi. Sólo volví a recordarla de nuevo cuando regresamos al albergue, finalizada la excursión, con los pies destrozados por no haber parado de caminar en todo el día.

A lo largo de la travesía había intimado con otra joven, la que ejercía de traductora y ayudante del guía. Parecía muchísimo más joven que yo, pero aun así terminamos haciendo buenas migas porque conmigo podía chapurrar en su idioma natal. A ella le impresionó muchísimo ver aquel cadáver flotando en el río y yo, que me di cuenta de ello, le ayudé a tranquilizarse, lo que agradeció devolviéndome algunas sonrisas cargadas de amabilidad. Por supuesto que nada tenía que ver con aquella otra visión de la mujer perfecta de Notre Dame, pero también ella era hermosa. Atesoraba el aspecto encandilador de mujer profesional, independiente e inteligente, capaz de enfrentarse al

mundo con la bravura de *Anny*, la mujer pirata en *Lobas de Mar*, de Zoe Valdés.

Se hospedaba en el mismo albergue que yo y aceptó mi invitación a tomarse unas copas por los “bistrots”, con la única intención de continuar nuestra agradable conversación. Mientras navegábamos, hablamos de muchas cosas. Los temas de común interés con ella no parecían tener fin. Habíamos conectado perfectamente, como difícilmente suele ocurrir alguna vez con alguien. Nos entendíamos y nos comunicábamos hasta límites insospechados, para ser la primera vez que hablábamos en nuestras vidas, fluyendo entre ambos una impresionante oleada de confidencias y anécdotas personales que compartíamos emocionados. Se llamaba Amélie Dufour. Era una chica elegante, morena, con el pelo corto, peinado con una raya al lado derecho. Durante nuestra excursión exhibió un elegante traje de chaqueta color marfil, complementado por un minúsculo bolso negro brillante de piel, del que de vez en cuando extraía un pañuelo blanco con el que se resecaba la nariz, con una caricia que se me antojaba sensual, aunque un tanto artificial. Tenía una expresión patricia que contrastaba curiosamente con su perenne sonrisa, que no cesó jamás, derrochando inteligencia. Era curioso ver cómo, siendo una mujer amable y afable, exigía con su talante, sin pronunciar palabra alguna, el respeto que todo ser humano merece. Eso la hacía digna de admiración ante mis ojos, pues no hay nada peor, nada más bochornoso y lamentable que el triste espectáculo de los hombres que se muestran ante el mundo con su dignidad perdida. «Antes muerto que indigno».

Había oído hablar de los “bistrots”, aunque no sabía bien qué es lo que eran realmente. Según Amélie Dufour se trataban de unos establecimientos pequeños donde podíamos tomar algún que otro aperitivo, acompañándolo del vino de la casa por un módico precio. En el albergue sólo podíamos desayunar y almorzar, pues era lo que normalmente se contrataba. El restaurante lo cerraban a eso de las cuatro de la tarde y no tenían servicio de cena ni bar por las noches.

Había quedado con Amélie Dufour justamente en la pequeña recepción del hotelito, tras refrescarnos con una ducha y cambiarnos de ropa. Yo fui el primero en bajar y, mientras la esperaba, me quedé mirando el pequeño televisor que estaba colocado justo encima del mostrador de recepción. Estaban emitiendo la noticia del rescate de aquel pobre ahogado con el que nos habíamos topado por casualidad en la mañana. Según las noticias que daban, se trataba de un extranjero a quien habían arrojado al canal por un ajuste de cuentas. Por lo visto, según los informes periciales de primera instancia, parecía que no había muerto ahogado. Algo indicaba que había sido un asesinato. Sospechaban que el cadáver no tenía los pulmones inundados, lo que hacía suponer que ya debió caer muerto al agua. No obstante, según comentaba la periodista, practicarían la autopsia correspondiente para aclararlo todo. Antes de terminar la noticia, subrayó que informarían de todas las novedades que fueran surgiendo al respecto, posiblemente como estrategia para garantizar la audiencia de la cadena.

Recuerdo que un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

CAPÍTULO 3

La puerta gruesa y antigua del pequeño estudio en el piso alto del edificio anexo a Notre Dame se abrió con estrépito, cerrándose bruscamente tras entrar la chica. Estaba muy asustada. Lo último que ella esperaba era toparse de bruces con la policía. Sabía que le estaban siguiendo el rastro, pero no pensó nunca que los tenía tan cerca.

A esas horas su amiga Amélie solía visitar la catedral acompañando a los turistas, mostrándosela como una atracción más dentro de los “viajes programados” que organizaban las agencias para las que trabajaba. Evelyne se sentía muy angustiada, tenía miedo y necesitaba, cuanto menos, verla, aunque sabía que no podría saludarla siquiera, pues habían acordado mantenerse separadas durante un tiempo.

Acababan de salir de una relación que había durado más de dos años y que se había roto por las interferencias en la pareja de una tercera persona, un árabe muy apuesto a quien Evelyne no se supo resistir. Amélie no pudo reprimir sus celos. Al principio sólo eran pequeñas discusiones, reproches sin importancia, pero con el tiempo se fueron agudizando hasta llegar al punto de hacerle la vida imposible a su compañera. Su actitud se volvió casi enfermiza.

El árabe, obviamente, era un problema, pero debían tolerarlo por el mutuo interés de ambas para llevar a buen término el proyecto que se traían entre manos. Debía reprimir el odio que le inspiraba, incluso a sabiendas de que cuando ella no estaba, éste

aprovechaba para cortejar a su amante. Al principio no dudó de la estabilidad de su relación y de la fidelidad de su pareja, pero luego se fue dando cuenta cómo cada vez Evelyne coqueteaba más y más con aquel hombre, hasta el punto de pedirle finalmente que dejaran su relación.

Cuando eso ocurrió, creyó enloquecer. Se sintió traicionada, desdichada, abandonada, toda una piltrafa humana, pues su vida había perdido el sentido. Luego, cuando los primeros impulsos se fueron asentando, también ella entendió que era lo mejor para ambas. Debían darse un tiempo. Siempre se habían dicho la una a la otra que cuando llegase el momento de reconocer el final de la relación, lo manifestarían con claridad, por respeto a la otra persona, y ésta debería asumir con responsabilidad la decisión de separarse. Así lo hicieron, aunque Amélie albergara en el alma la esperanza de que ella, tarde o temprano, terminaría volviendo.

Evelyne lo sabía y a pesar de ello quiso arriesgarse a verla, a sabiendas de que era posible que Amélie confundiera sus verdaderas intenciones, pero no podía evitar aventurarse y salir en su búsqueda aquella mañana. Se sentía muy mal, insegura, casi al borde de un ataque de nervios y, al fin y al cabo, ella era su mejor amiga, la única persona en quien podía confiar totalmente.

Entró hacia el interior de la catedral, oscura y solemne, buscándola entre los turistas aglutinados frente a las valiosas pinturas. Se vieron, se miraron, pero no se saludaron, aunque Amélie no pudo reprimir en sus mejillas una repentina reacción cálida de sonrojo. Evelyne se dio cuenta y se quedó mirándola. Amélie disimuló lo mejor que pudo, prosiguiendo con la traducción que les hacía a los turistas de cuanto iba diciendo el guía que les acompañaba.

La primera reparó entonces en uno de aquellos turistas, el que parecía más joven de todos, un hombretón de unos cuarenta

años, que se había quedado alelado mirándola. Ella sabía que era muy hermosa, muy atractiva y a pesar de estar acostumbrada a provocar este tipo de reacción en los hombres, siempre les agradecía devolviéndoles una de sus mejores sonrisas. Esta vez no iba a ser menos. Así lo hizo. Sonrió a aquel individuo de la mirada tan insistente. Parecía petrificado, pues no respondió al gesto amable, aunque tampoco apartó su mirada punzante, exenta de parpadeo que tanto le llamaba la atención.

De repente, ella se apercibió de la presencia de otro hombre, un policía peligroso que violentó la tranquilidad de aquel santo lugar. Sabía que había entrado allí buscándola. La habría estado siguiendo y la vería entrar en el templo. Se sintió en peligro y trató de desaparecer huyendo, escondiéndose tras las columnas, salteándolas hasta llegar a la puerta.

Antes de salir, cruzando bajo el arco del pórtico, se volvió buscando los ojos de su amiga, pero ésta no la miraba. Ella continuaba, ajena a lo que estaba sucediendo, con su traducción para los turistas. En cambio, vio cómo aquel joven apuesto seguía mirándola sin pestañear, fijo cual si fuera una estatua. Volvió a sonreírle de nuevo y le envió un beso desde su dedo antes de salir corriendo y escapar definitivamente de aquel lugar.

CAPÍTULO 4

El Comisario hubiera jurado haber visto a la chica entrando en Notre Dame. Cierto es que estaba al otro lado del puente y cuando miró sólo la vio ligeramente, pero era obvio que se había equivocado.

Corrió cuanto pudo, atravesando primero el puente de acceso a la isla de la Cité y luego la amplia plaza y la escalinata frente a la catedral, entrando en su interior sin darle tiempo a quitarse siquiera el sombrero.

El ambiente sobrio y respetuoso del interior del templo le hizo caer en la cuenta de que se había adentrado en un lugar donde debía descubrirse, sobre todo por respeto a las personas que practicaban con fe su religión.

Miró por todos los recovecos de la iglesia, pero no encontró a quien buscaba. Posiblemente sus ojos le habían gastado una mala pasada.

Justo cuando se disponía a salir de allí, su teléfono móvil sonó con el alarido de la música estrambótica que había programado como melodía del timbre. Era el “inspecteur”, quien un poco acelerado y nervioso le informó, lo más formalmente que pudo, que habían hallado un cadáver flotando en el Sena.

Aún no habían identificado quién era, pero sí podía asegurar que no se trataba de ningún mendigo, ni drogadicto, a juzgar por el elegante vestuario que lucía.

Salió corriendo de allí y tras montarse en su coche, colocó sobre el techo una sirena estridente que comenzó a lanzar destellos azulados, reclamando con la luz para sí la prioridad en el uso de la carretera. Pisó a fondo el acelerador en dirección al lugar que su compañero le había indicado.

CAPÍTULO 5

La noche se cernía sobre todos los edificios ensombreciendo la ciudad con su oscuridad aterciopelada. Una neblina húmeda se derramaba espesa, infectando las calles con una aureola tuberculosa que dificultaba la respiración y brillaba centelleante, convirtiendo en espadas de luz los haces que emitían los coches que circulaban rompiendo el monótono silencio.

A esas horas, el París de los rebaños de turistas aborregados dormía protegiéndose en la intimidad segura de las habitaciones de los hoteles. A esas horas empezaba a despertar otro París más fluorescente, más dinámico e independiente, un París más romántico y más joven. Un París que centelleaba en mil colores de neón, ofreciendo infinitudes de propuestas, de fiestas, de tentaciones lujuriosas que predicaban la obscenidad de la noche con la naturalidad propia de las grandes capitales.

Amélie Dufour bajó exhibiendo su belleza natural, su belleza salvaje, casi insultante. Se había desprovisto de la formalidad recia de su uniforme y vestía con una minifalda que mostraba, con descaro parisino, sus largas y bonitas piernas de mujer pirata. Verla tan segura de sí misma, contemplarla tan mujer y tan bella, me produjo una cierta sensación de inseguridad. Era todo un detalle por su parte que calzara unos mocasines de color azul marino con un pequeño tacón, pues de haber llevado zapatos más altos me habría superado en altura y hubiera afeado, sin duda alguna, la bonita pareja que formábamos. Con ese gesto de recato voluntario, en cierta forma ella dejaba patente el respeto que sentía hacia mi persona, probablemente debido a la

diferencia de edad entre ambos, algo que me agradó y me ayudó a abandonar esa sensación estúpida de miedo que sentí nada más verla bajando las escaleras tan esplendorosa y femenina. Era demasiado joven para que en la piel de todo su cuerpo, aún tersa, lisa y limpia como un lienzo blanco sin pintar, se cebara desagradable alguna arruga o señal molesta de celulitis. Si hubiera tenido que reprocharle algún defecto a su cuerpo, sólo le habría podido recriminar el cúmulo de grasa que almacenaba en las caderas. Ella, maestra en el arte de exhibir lo mejor de sí misma, disimulaba esas cartucheras de forma genial, ensanchándose la ropa, de tal forma que pasaban desapercibidas. Sin ese defecto, Amélie Dufour habría podido pasar por una brasileña de las que se contonean danzando a ritmo de “samba” en los carnavales de Río de Janeiro.

En su trasero, apretado por la estrechez de la falda, se marcaba un minúsculo tanga que la abrazaba desde la cintura. Siempre me gustaron las mujeres que usan ese tipo de ropa interior, pues las hacen más desinhibidas y sensuales, como más predispuestas y abiertas al disfrute de los placeres carnales.

Ella caminaba elegante, con paso corto, ajena al examen de mi mirada que la escrutaba con detenimiento. Debajo del suéter se presentían unos senos más bien pequeños, pero que cimbreaban con ritmo turbador, coronados posiblemente por unos pezones firmes y duros que destacaban sobre el sujetador que los protegía de lascivas miradas como la mía, guardándolos en la intimidad de su comfortable interior.

Comencé la conversación, a falta de otro tema, comentando la noticia que acababan de dar por la tele.

- ¡Amélie! ¿Te has enterado ya?, por lo visto, al ahogado que vimos sacar del río esta mañana, lo han asesinado.

- ¿Qué me dices?- me respondió asustada, minimizando su expresión en los labios al pronunciar esas palabras con su

acento francés sensual.

- Pues sí, como lo oyes, por lo visto lo han asesinado. Le van a practicar la autopsia, pues sospechan que no tiene agua en el interior de sus pulmones y eso complica las causas de su muerte.

- ¿Han dicho quién es él, de quién se trata? – preguntó.

- No, lo único que han afirmado es que es extranjero, y por lo visto rico, pero no han dicho nada de si es un turista con muy mala suerte u otra persona que se encontrase en esta ciudad por otros motivos.

- Por favor Alberto, dejemos de hablar de muertos. La noche es joven y tengo ganas de disfrutar.

- Sí, es cierto. Creo que será mejor.

- Más divertido al menos. No tengo ganas de calentarme la cabeza.

Caminamos, paseando entre los destellos luminosos de los escaparates, adentrándonos en el corazón de la ciudad hasta la zona de la Bolsa y en Le Marais, donde abundaban los establecimientos con menús atractivos y apetitosos. Había otros restaurantes muchísimo más elegantes y caros, claro está, como el Montparnasse o el Monmartre, pero nuestra economía no nos permitía pasarnos de treinta euros por cabeza. No podíamos derrochar, al menos yo. Amélie me comentaba, entre sonrisas, que lo más típico a esas horas era tomar queso y vino, aunque los más refinados acompañaban la reconstituyente cena con fruta fresca del tiempo. Seguimos caminando por el itinerario nocturno que habíamos iniciado desde el albergue. Recorrimos la vera del río, llegando finalmente a las inmediaciones de la iglesia de St-Eustache, en Les Halles, donde nos perdimos por una calle tremendamente larga, con grato ambiente de “Bistrots”, o pequeñas tabernas. Aquellas tascas, excesivamente concurridas, derramaban hacia fuera una cálida luminosidad amarillenta, transformando el ambiente del exterior en algo parecido a una escena romántica, propia de cualquier novela de Charles Dickens.

Entramos en una. Elegimos la que tenía disponible una mesa con dos sillas donde sentarnos. Pidió una ración de queso y una botella de vino típico francés, sin especificar, y el camarero obedeció remedando con un grito lo que Amélie le había solicitado con amabilidad. No tardó en traer a la mesa la tabla de queso y el vino tinto, del que vertió un poco en mi copa, ofreciéndomela al tiempo para que lo saboreara, solicitando mi aprobación. Generalmente me encanta el vino tinto, pero ése concretamente me supo a margaritas silvestres, un sabor algo desagradable. Me interesé por él, preguntando al somelier por su procedencia, su añada y su denominación y éste, gran profesional por cierto, revistiéndose de importancia, me informó que se trata de un Cabernet Sauvignon de les caves du Sieur D´arques, como haciéndome ver que se trataba de un buen producto. Yo no lo puse en duda, pero a pesar de ello le informé, no sin un cierto azoramiento, que no era de mi agrado.

- ¡Claro, claro! –dijo el camarero como entendiendo de repente el por qué–. ¡Es usted español! –lo que afirmó como si mi nacionalidad explicara mis gustos gastronómicos o viticultores–. A los españoles, acostumbrados a los buenos caldos de su tierra, les choca el sabor floral de nuestro cabernet. Suele ocurrir mucho, a decir verdad, casi siempre. –concluyó el buen camarero.

- Lo siento –traté de disculparme.

- No se preocupe, señor, enseguida le traigo otro vino que le encantará. Estoy seguro de ello.

Apareció con otra botella que descapsuló y descorchó sobre nuestra mesa. Me la mostró tan efímeramente que no me dio tiempo a leer la etiqueta, aunque vi que era muy elegante, tanto casi como la anterior. Repitió la operación de servir el vino en una nueva copa limpia y volvió a ofrecérmelo con un gesto de satisfacción anticipada en su cara, como conteniendo una cierta confianza en que este nuevo vino sería de mi agrado. Tras probarlo, de buena gana le hubiera dicho que se dejara de

tonterías y me trajera un buen Rioja o un buen Ribera del Duero. Este nuevo vino era mejor que el anterior, pero, aún así, nada tenía que ver, como bien reconocía aquel hombre, con los buenos caldos españoles. En algo debíamos de aventajar a la Francia. No obstante, tampoco era plan de ponerse demasiado pesado, así que asentí finalmente, para la satisfacción del camarero que me respondió con una sonora sonrisa de complicidad y agradecimiento, sintiendo para sí, seguramente, la complacencia que produce el culminar un trabajo bien hecho.

- Este vino tinto es el Merlot Soeurs. Es más similar a los que su paladar está acostumbrado a degustar –afirmó el camarero, achacándose una experiencia gastronómica de la que en realidad carecía–. Éste es también de les caves du Sieur D´arques, y espero que disfrute tomándolo, señor.

Tras su breve explicación de experto vinícola, llenó comedidamente la copa de Amélie y luego completó la mía, separándose tras saludarnos e informarnos de que quedaba a nuestra entera disposición, lo que le agradecí con una media sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

- Prueba este queso –me pidió Amélie, ofreciéndome un trozo pinchado en su tenedor.

- ¡Uhmhhh!, está riquísimo –le dije tras engullir la porción.

- Es un Mondel, de pasta prensada.

- ¿Eres experta en quesos? –le pregunté admirado.

- En casa me llaman “la pequeña ratona”- me respondió sonriente. –Me encanta el queso, en especial éste de pasta prensada o de Gruyere, como se le denomina por estos lares. Éste es un queso típico francés, que se suele utilizar mucho en la buena cocina, fondue, sándwiches, bocaditos y en las tablas de quesos, como bien puedes constatar por ti mismo.

- Pues está riquísimo.

- Sabía que te gustaría. ¡Estás hecho todo un gourmet!

Me has sorprendido gratamente con la buena elección del vino. Te confieso que a mí tampoco me gusta el cabernet. El merlot es mucho más rico.

- Bueno, en asuntos de vino, la mayoría de las veces se trata más del gusto personal que de otra cosa. Por cierto, ¿conoces España?

- Sí, muy bien, mis padres son españoles y he pasado allí largas temporadas, sobre todo en verano. Mi familia solía veranear cerca de Valencia. ¡Qué buenas las paellas! ¡Qué ricas!

- Cierto. Entonces conocerás nuestros quesos.

- Sí, y me encantan. He probado el queso fresco de cabra, muy parecido al nuestro. Ése que elaboran por la sierra de Cádiz, el Manchego, riquísimo y exclusivo y el de Cabrales que ya me disloca.

- Es cierto lo que dice tu familia. Estás hecha una buena ratona. - ambos reímos a carcajadas. Parecía como si nos conociéramos de años, en vez de horas.

Continuamos con nuestra animada conversación dando buena cuenta de las tablas de quesos y las botellas de vino, que se repitieron varias veces, hasta que nos hartamos de comer y de beber. El estado agradablemente etílico que habíamos alcanzado con la ingesta de alcohol nos facilitó aún más el flujo de comunicación con que nos fuimos desvelando nuestros más íntimos secretos. Confesamos nuestras fantasías y nuestros pensamientos más privados, ésos que nunca mostramos a nadie.

Me contó que no hacía demasiado tiempo que había roto con su anterior pareja pues, por lo visto, le había engañado con una tercera persona. De todas formas, ahora se alegraba de que hubiera ocurrido aquello, pues su pareja nunca supo asumir el hecho de que trabajara para una agencia de viajes, atendiendo al público, yendo de un lugar para otro, robándole quizás el tiempo que entendía como propio y que le debía dedicar en exclusiva, para atender sus demandas amorosas. Me confesó que, aunque se quisieron mucho, tras la ruptura experimentó una cierta libe-

ración y que, por lo tanto, no estaba en disposición de volver atrás en su decisión. Le guardaba mucho cariño, no negaba que fuera muy buena persona y que la quería. Una relación como ésta no se olvida de la noche a la mañana, pero algo había cambiado en su interior desde que comenzó a trabajar, desde que experimentó en su interior esa sensación de libertad que ofrece el depender económicamente de sí misma. Me afirmó firmemente, con la verdad desnuda de los borrachos, que nunca jamás volvería a enamorarse de nadie y no porque no quisiera, sino porque no deseaba perder esa extraordinaria sensación de libertad con la que se había reencontrado de nuevo.

- Eso es algo que no podrás evitar cuando se tercié en tu vida – le dije convencido de hablar poseyendo el peso de la razón. - Cuando Cupido te atravesase con sus flechas, volverás a caer rendida a los pies de un hombre.

- Te garantizo que no ocurrirá eso- afirmó ella con una sonrisa irónica y desafiante en sus labios.

Yo también le abrí mi corazón, confesándome. Le hablé de mi monótona vida de profesor de instituto y el por qué de aquel viaje, a pesar de avergonzarme esas estrambóticas motivaciones. Cuando le confesé que estaba en París debido al presentimiento de que algo grande e importante cambiaría el rumbo de mi vida, no pudo evitar una carcajada. Seguramente, tal como temí, debió pensar que estaba totalmente loco. Ella estaba un poco borracha, quizá incluso más que yo, pues por su femenina condición y su constitución más débil, era menos resistente a los fastuosos efluvios del dios Baco. El alcohol la había traicionado, desalmándola y desnudándola emocionalmente ante mis lascivos ojos, poniéndomela en bandeja, como a una presa vencida. Yo la miraba y no podía evitar verla como un racimo de uvas dulces, muy apetitosas. La pobre seguía riéndose a carcajadas, seguramente de su infantil ingenuidad o de mi locura, ajena a mis elucubraciones, más propias de un demente que de un profesor formal de instituto.

- No eres el único que viene a París en busca de su destino –dijo finalmente–. Ésta es una ciudad donde se persiguen los sueños. Es una ciudad construida fuera de los márgenes de la realidad, donde todo es posible. Es la ciudad del amor, de la luz, pero también es la ciudad de las sombras, de los grandes engaños y de las desilusiones. No me río de tí, sino de descubrir en tí al ser humano que eres y eso me agrada sobremanera. De verdad, créeme. Me encanta ver al ser humano, a la verdadera persona que se esconde tras la fría fachada, tras el disfraz protector de aparente formalidad. En el fondo nadie es tan serio del todo. Al final todos somos unos soñadores y estamos un poco majaras.

- No te entiendo. ¿Puedes ser más clara?

- Bueno, me refiero a que viéndote tan serio, tan formal, tan profesor, no me había imaginado que tú también vinieras a París en busca de un sueño. ¿Quién lo hubiera dicho? Yo pensé que venías anhelado por la frialdad de las piedras muertas de nuestros monumentos, o atraído por nuestro arte y nuestra cultura.

- Pues ya ves, tras esta fría fachada de hombre solitario y taciturno hay otro diferente que también busca la felicidad.

- ¿Y qué esperas encontrar?

- Creo que ya lo he encontrado –a ella de repente se le iluminó el rostro. No pudo disimular una explosión interior de felicidad, quizás de triunfo, quizás incluso de esperanza. Se quedó mirándome muy fijamente.

- ¿Sí? –me preguntó, intuyendo posiblemente que lo que iba a referirle tendría algo que ver con ella. Me di cuenta entonces de mi torpeza.

- Pues sí. Esta mañana, cuando entramos en Notre Dame, me tope de bruces con mi destino. Sabía que tarde o temprano encontraría a la mujer que anhelo, a mi media naranja, y mira por donde allí estaba, contemplando las pinturas colgadas de los muros de aquel templo. La vi en una de las naves laterales, bajo su béret de lana roja, sumamente sensual, rubia, ojos azules, una rebeca blanca de punto suave y una falda a juego con el sombrero. Tenía unas piernas blancas, muy largas. Llevaba unas

botas de piel, altas, muy elegantes. Fue como una aparición. En ese momento sentí como todo el universo estaba conspirando para que ese encuentro fuese posible. En ese mismo instante comprendí el por qué de mi existencia. Ella era un ángel, era mi ángel, la mujer que el destino había dispuesto, caprichoso, para que fuese la mía. No sé por qué, pero mirándola todo recobró sentido en mi vida. Entendí el por qué de muchas cosas, experimenté un ansia extraña por vivir, por arrancar de algún lugar más tiempo para disfrutarlo junto aquel ser extraordinario que me sorprendía. –reparé entonces en la mueca del rostro de Amélie. Aquella sonrisa había desaparecido y un halo taciturno se había apoderado de su cara en una expresión que dejaba de manifiesto cierta sensación de desencanto, una tristeza que asomaba por debajo de sus ojos, justo por ese lugar donde no alcanzan las caricias. Fue posiblemente una decepción grande. Era como si ella hubiera esperado otros acontecimientos diferentes. Era evidente que se había contrariado con lo que le estaba contando. Comprendí entonces que le estaba haciendo daño, pero no debía ocultar mis verdaderos sentimientos.

- Perdona, lo mismo no te interesa lo que te estoy contando –afirmé, tratando de esquivar el repentino sentimiento de culpa que empezó a clavarse en mí como una daga, doliéndome en el interior.

- No, qué va, sigue por favor –me pidió, disimulando su desencanto con una sonrisa forzada de consternación que hacía patente su conformismo con la derrota fulminante que acababa de sufrir.

Yo proseguí hablando, comentándole todo lo que había experimentado ante la visión sorprendente de aquella otra mujer, en Notre Dame, ésa que me había robado el corazón. Le conté que también ella me miró y que ambos descubrimos el universo mágico en los ojos del otro. Le hablé del beso que me lanzó y de los sentimientos que afloraron en mí en ese momento. Afirmé que ese beso me llenó el alma hasta explotármela, produciéndome una herida abierta y sangrante que no había parado de

doler desde aquel mismo instante y que sólo se cerraría al sentir sobre mi carne las caricias de su carne.

Mientras le hablaba vinieron a mi memoria algunos de los detalles que habían desaparecido de mi mente al descubrir el muerto que flotaba en el agua del río. Ella huyó del lugar desesperada, ocultándose tras las columnas, por algún motivo que desconocía. Pareció asustarse mucho con la llegada del individuo con ojos almendrados de roedor. Se lo comenté a Amélie, rogando para mis adentros que me ofreciera una explicación convincente que me tranquilizara, un razonamiento lógico que me explicase y me aclarara algo respecto de aquel extraño comportamiento. Ella simplemente se encogió de hombros, abandonándome fríamente en el desierto insalvable de mis dudas.

-Ni vi a esa mujer de la que me hablas ni sé que pudo ocurrirle. No sé por qué me preguntas eso- me respondió con cierto enfado.

Algo me había pasado desapercibido. Hasta ese momento no reparé que había visto de nuevo a ese hombre misterioso de la gabardina y el sombrero, el de los ojos de rata, mirando como sacaban el cuerpo del ahogado, asomándose a la balaustrada de un puente cercano. Parecía muy interesado en aquella escena dantesca. Quizás demasiado interesado.

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué aquella chica huyó al verlo? ¿Tendría él algo que ver con el asesinato del rico que encontraron flotando en el agua, o simplemente era una lamentable coincidencia? ¿Por qué estaba mirando desde aquel puente? Pensé de todo, desde que era un marido engañado y abandonado, hasta que se trataba del mayor de los delincuentes. Mi cabeza no paraba de girar y girar atormentada, buscando una explicación.

Un laberinto de dudas empezó a anidar en mi interior. Tenía la sensación de encontrarme ante una madeja enrevesada

de misterios. Un ovillo liado del que la punta a jalar estaba al alcance de mi mano, pero que no veía. Había venido a París en busca de mi destino y lo había encontrado y por nada del mundo renunciaría a él, fuera cual fuera el misterio que encerrase aquella huida. No tenía miedo a la verdad ni a la aventura. Lo único que verdaderamente me asustaba era seguir viviendo mi vida monótona sin sentido. Seguir sin vivir realmente, sin sentir, existiendo por el mero hecho de existir, sin más pasión. Eso era lo que verdaderamente me asustaba y a lo único que había renunciado desde el mismo instante en el que me monté en el autobús, dirección a París.